

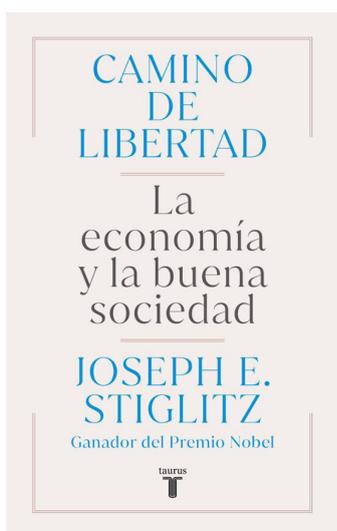
Stiglitz, Joseph E.; CAMINO DE LIBERTAD. LA ECONOMÍA Y LA BUENA SOCIEDAD, Ed. Taurus, Barcelona. 2025 (408 pp.) ISBN: 978-84-3062-716-5

<https://doi.org/10.46661/rec.12269>

Carlos Ochando Claramunt

Universidad de Valencia

Carlos.Ochando@uv.es



Reseñamos el último libro de un autor que no necesita presentación porque es de sobra conocido en el mundo académico de la Economía. Por si todavía hay alguien que no lo conoce, diremos que Joseph E. Stiglitz es profesor de la Universidad de Columbia y economista jefe del Instituto Roosevelt; fue presidente del Consejo de Asesores Económicos del presidente Clinton y fue economista jefe del Banco Mundial. Stiglitz ha desarrollado, a lo largo de su larga trayectoria, un cierto espíritu crítico con el enfoque predominante en la ciencia económica convencional y también con los resultados (ineficientes e injustos) de la economía de libre mercado (especialmente, con la que él llama "economía de mercado desbocada" sin regulaciones ni contrapesos). Este enfoque crítico con la Economía *mainstream* lo ha ido desgranando en sus conocidos libros *El malestar en la globalización*, *El precio de la desigualdad*, *Caída libre*, *La gran brecha* o *Capitalismo progresista*, entre muchos otros.

El libro se estructura en tres partes. En la primera, titulada *La libertad y ser libre. Principios básicos*, reflexiona sobre el concepto de libertad, tanto el utilizado por lo que él llama derechas o conservadores, como sobre el concepto de "libertad como ampliación de oportunidades"



que acaba defendiendo en el libro. Este primer bloque va más allá de esas pretensiones porque acaba analizando el problema de los fallos del mercado (externalidades y bienes públicos), el problema del gorrón en la economía, la propiedad de los contratos, la necesidad de cooperación, la coerción, la justicia social, el contrato social, la sanidad, la educación o la "*libertad de explotación*", entre otros temas. En todos ellos, Stiglitz desarrolla una perspectiva muy crítica respecto a los resultados del libre mercado y la metodología utilizada por la economía convencional.

La segunda parte del libro se titula *Libertad, creencias y preferencias, y la creación de la buena sociedad*. En ella, Stiglitz vuelve a tratar temas que le parecen fundamentales para construir su "*teoría*" de la libertad. De nuevo analiza temas como la conformación social de las creencias y preferencias, la cohesión social, la libertad de información, la importancia de la verificación de la verdad en un sistema democrático, el rol que juegan las redes sociales, la información transparente, los límites de la tolerancia, etc.

Finalmente, en la tercera parte construye su propuesta alternativa. Se titula *¿Qué tipo de economía promueve una sociedad buena, justa y libre?* A partir de la constatación de que el capitalismo neoliberal ha fracasado y es insostenible, Stiglitz aboga por un capitalismo progresista de corte socialdemócrata. Aún así, el autor va más allá de su propuesta y en este bloque final vuelve a analizar temas importantes para el futuro económico de nuestras sociedades como son la gobernanza mundial, los impuestos a las multinacionales, el crecimiento de la deuda, el comercio mundial, los acuerdos de inversión, el poder, los fallos del gobierno, la educación y la democracia. Todo este análisis, como decimos, bajo un prisma muy crítico con los resultados obtenidos por el Neoliberalismo económico.

Tengo la impresión de que este libro recientemente publicado *Camino de libertad. La economía y la buena sociedad* es un compendio -no sabemos si final o no- de todo el pensamiento acumulado por su autor en su larga trayectoria académica. Este estilo "*compendio*" contribuye a que el libro se torne, en ocasiones, repetitivo, confuso y desordenado. Y no solo, repetitivo con el resto de los libros anteriores del autor, sino repetitivo con el propio contenido del libro. En él aparecen todos los temas que han sido objeto de interés del autor: los fallos del mercado, la desigualdad, la democracia, la ineficiencia de la economía del libre mercado, la captura de la política por los más ricos de la sociedad, el desorden mundial, los deficientes resultados de la globalización neoliberal, el cambio climático, etc. Realmente este repaso de los temas -sabidos y conocidos por otros libros anteriores del autor- no aporta una gran originalidad al libro, más allá de recoger en un solo volumen todas las claves fundamentales del pensamiento económico del autor.

El libro tiene un hilo conductor que sí es coherente y, relativamente, original. Desde la creencia de que el Neoliberalismo ha fracasado y es claramente insostenible, el autor trata de fundamentar una idea de libertad diferente a la defendida por el liberalismo económico. El concepto de libertad que defiende Stiglitz se basa en considerar que la libertad de una persona equivale a la falta de libertad de otra. O dicho de otra manera, que la libertad de una persona se produce a menudo a costa de la libertad de otra. Es siempre un "*trade-off*".

Este es el punto central de su crítica a la concepción de la libertad de los pensadores/políticos liberales (en el sentido europeo del término). Citamos sus palabras: "*considero que la incapacidad de la derecha para entender que la libertad de una persona es la falta de libertad de otra es el error filosófico básico de las posturas conservadora y libertaria. La libertad rara vez es independiente. En una sociedad integrada, no podemos pensar en la libertad de un individuo sin tener en cuenta las consecuencias de esa libertad para los demás*" (p.79).

Stiglitz argumenta que, en este sentido, los miembros de la derecha cometen cuatro errores (p.79-80):

1. marginan las externalidades como si fueran excepciones;
2. no reconocen las externalidades realmente importantes;
3. en los raros casos en los que se producen externalidades piensan que es suficiente con las acciones voluntarias y es innecesaria la intervención del gobierno y
4. si el gobierno tiene que actuar debe hacerlo con un único instrumento: la aplicación de un impuesto a la actividad que genera la externalidad.

A partir de estas ideas, la crítica a los defensores del "libre mercado" está servida: "*los mercados 'libres' con derechos de propiedad bien definidos no maximizan la libertad, como afirman algunos; dan libertades a unos y se las quitan a otros*" (p.130-131).

La idea de considerar la libertad como un *trade-off* es interesante. Sin embargo, no es tan original porque, en el fondo, es la vieja idea defendida por los profesores de Política Económica de que cualquier decisión pública (y privada) implica siempre ganadores y perdedores. Es la misma idea, pero, en lugar de aplicarla a los resultados distributivos, Stiglitz la aplica a los diferentes grados de libertad que puede disfrutar un individuo. Y tampoco es tan original porque ya sabíamos, por muchos otros autores anteriores, que existen las *libertades negativas* (lo que perdemos cuando no podemos tomar decisiones ni desarrollar nuestro potencial como personas) y las *libertades positivas* (la libertad para desarrollar el propio potencial y aumentar nuestras oportunidades y capacidades). Estas últimas requieren del disfrute de una renta mínima y el acceso a la educación y sanidad, entre otros bienes básicos. Stiglitz defiende esta segunda versión de la libertad. Pero muchos otros autores –entre los economistas, Amartya Sen y Rawls y entre los filósofos, Michael J. Sandel, entre muchos otros- lo habían hecho mucho antes. Por eso decimos que esa idea motriz del libro –aunque interesante- no es del todo original. Tampoco es original el autor en la elección de la herramienta para fundamentar su "buena idea de libertad" que es el "*velo de la ignorancia*", una metodología ya utilizada por Rawls en su teoría de la justicia en 1971.

No obstante, no hay que restar mérito a Stiglitz por fundamentar la libertad, no tanto en la libertad de decisiones (y sin restricciones) de un individuo, sino en decir que lo que importa es el conjunto de oportunidades de una persona, es decir, el conjunto de opciones reales que tiene a su disposición para desarrollar una vida digna. En un contexto político como el actual de predominio de las ideas anarcocapitalistas de la extrema derecha, por lo menos esa defensa de la libertad -como aumento de las oportunidades reales- no deja de tener su mérito y valor.

Como decimos el libro defiende unas pocas ideas, pero muy valiosas. Algunas de ellas son las siguientes:

1. la libertad es cuestión de "*trade-offs*": la libertad de una persona es la falta de libertad de otra (entonces, "*muchas cuestiones políticamente conflictivas surgen cuando varios grupos de la sociedad tienen diferentes opiniones sobre cómo equilibrar los trade-offs*", p.77); solo el discurso público razonado puede resolver cómo deben equilibrarse las libertades y cuáles son más importantes;
2. la regulación y la coerción puede aumentar la libertad de todos (la coerción puede limitar los daños que una persona impone a otra, es decir, si bien algún grupo de individuos puede salir perjudicados, la acción colectiva puede aumentar la libertad y el bienestar conjunto de la sociedad);
3. los impuestos y la redistribución están justificados, no solo por razones sustentadas en la justicia y la equidad, sino en la libertad ya que amplían el conjunto de oportunidades de los pobres, su libertad (aunque pueda limitar el conjunto de oportunidades de los ricos);
4. la regulación no es la antítesis de la libertad; en una sociedad libre las restricciones son necesarias y
5. algunos tipos de gasto público (con una leve coerción) generan mayor bienestar en la sociedad y aumentan la libertad en el sentido más amplio y positivo.

El libro acaba defendiendo que la solución a los conflictos y problemas económicos es el "*capitalismo progresista*", que viene a ser como una "*socialdemocracia revitalizada*". El siguiente párrafo resumiría su propuesta alternativa: "*la redistribución, la financiación de las inversiones públicas con un alto rendimiento mediante impuestos progresivos, y hacer que las reglas del juego económico favorezcan a los trabajadores corrientes mediante la predistribución –es decir, cambiar la distribución de los ingresos en el mercado para que sea más equitativa- son políticas deseables. Estas surgirán de manera natural como parte de un contrato social escrito tras el velo de la ignorancia*" (p.140). Ese capitalismo progresista (o socialdemocracia revitalizada) estaría centrado en la igualdad, la justicia social y la democracia. Tampoco parece muy original ni muy alternativa (en los tiempos que corren sí) la propuesta socialdemócrata. Más de un siglo de existencia tiene la socialdemocracia, construyendo un mundo mejor basado, entre otras cosas, en un modelo de Estado de bienestar amplio y universal.

Pienso que otra de las debilidades del libro es la ingenuidad del autor cuando habla (o, más bien, no habla) de la implantación de su alternativa. Parece que solo con nombrarla se va a llevar a cabo. Su propuesta queda reflejada en el siguiente párrafo: "*ahora quiero plantear un marco alternativo, el capitalismo progresista (o una sociedad revitalizada), que considera el bienestar de todos los ciudadanos un elemento esencial y va más allá de los bienes materiales e incorpora la sensación de seguridad y la libertad*" (p. 274). Por poca sensibilidad ética que se tenga es casi imposible no compartir ese deseo. Más adelante, especifica que "*sabemos, además, cuáles son algunas de las cosas que contribuyen al éxito de la economía y la sociedad: la apertura y la transparencia, las instituciones de aprendizaje adaptativo, los sistemas de controles y equilibrios –en los que participa una prensa activa y diversificada-, una sociedad civil activa con participación ciudadana y diversos mecanismos que dan voz a los ciudadanos*" (p. 286). En definitiva, parece que la solución pasa por la defensa de la democracia. Difícil estar en desacuerdo, pero creo que se defiende lo que parece obvio: los grandes principios políticos que deben regir nuestras sociedades democráticas. Es como decir que los problemas de la democracia se resuelven con más democracia.

Pero es que el autor ni nos dice cómo llevar su alternativa progresista a la praxis (no hay medidas de política económica concretas) ni creo que tiene suficientemente en cuenta el actual contexto social y político liderado por las nuevas derechas, que día a día reman en contra de cualquier propuesta progresista -y parece que están ganando la batalla-. Más allá de una propuesta filosóficamente aceptable (vaya por delante que, por supuesto, quién escribe esta reseña está de acuerdo con la alternativa progresista socialdemócrata defendida por el autor), no hay realismo político-económico ni propuestas concretas que auguren una buena viabilidad política en los tiempos rechazados que corren. Es como un brindis al sol. No obstante, y sin duda, un buen brindis para fundamentar, desde luego, una mejor economía y una mejor sociedad. Yo también hago mi brindis final: ¡ojalá los políticos, votantes, ciudadanos y organismos internacionales escuchasen más sus palabras y llevasen a la práctica las propuestas de Stiglitz! El mundo sería un poco mejor, más habitable, cohesionado y justo.